

Reseñas

62

La cebolla
Antonio Moresco



La cebolla
Antonio Moresco
Melusina, Barcelona, 2007

Del latín *cepulla*, según el "ilustrísimo" diccionario de los señores de la RAE, la cebolla es una *planta hortense, de la familia de las Liliáceas, con tallo de seis a ocho decímetros de altura, hueco, fusiforme e hinchado hacia la base, hojas fistulosas y cilíndricas, flores de color blanco verdoso en umbela redonda, y raíz fibrosa que nace de un bulbo esferoidal, blanco o rojizo, formado de capas tiernas y jugosas, de olor fuerte y sabor más o menos picante*. Sin embargo, para Antonio Moresco, autor de culto lombardo y *enfant terrible* de las letras italianas, esta planta que da sabor a muchas

de nuestras recetas es todo eso y mucho más. Símbolo de la fertilidad y de la vida, la cebolla para Moresco es la antítesis de la existencia lúgubre de su protagonista sin nombre, un traje de vigorosas capas que se deshoja a través de la cadencia de la autodestrucción de un *yo* que vive en el desencanto de una ciudad también sin nombre.

Dietario de la frialdad, la agonía y el hastío, diario pornográfico al detalle, *La cebolla* es la primera novela de Moresco traducida al español. Escritor heterodoxo, antes de dedicarse a la literatura militó en las filas de la extrema izquierda y participó activamente en la vida política de los años setenta. Sus publicaciones son tardías. El primer libro de cuentos, *Clandestinità*, aparece a sus 46 años.

La cebolla acontece en cuatro paredes asfixiantes, las de una habitación que exhala hedores de flujo sexual, un pequeño espacio pútrido y cerrado en el que una pareja se asfixia, permanentemente desnuda, practicando sexo a todas horas y convirtiendo esa práctica en una enfermiza monotonía. El protagonista es un individuo paranoico, ufano, que se pierde en las calles de una ciudad hostil y apocalíptica en la que reconoce rostros sin llegar a entablar conversaciones. La novela comienza con su retorno a la ciudad, en la que parece haber habitado tiempo atrás, de la que huyó en el pasado por alguna circunstancia que no acertamos a conocer. Personaje a la deriva, el *yo* literario de Moresco se refugia en una relación sexual turbia, doliente, malsana. La pareja se encierra en la habitación-nicho para escapar del derrotismo de la vida de una ciudad sin futuro, en plena decadencia existencial. La chica, servil y plúmbea, irá perdiendo interés en una relación sexual que la devora, literalmente, por dentro. Por otro lado, el chico, enfermo en su paranoia persecutoria y su adicción sexual, maltrata sistemáticamente su miembro viril para desencadenar en el tedio más absoluto, sinónimo del vacío existencial que le invade.

El contraste entre la vacuidad, la insoportable levedad del ser, de los *yoes* protagonistas de la novela con el detallismo de las descripciones – pornográficamente detallistas- que en ella se desgranán, es una de las señas de identidad de la escritura de Moresco. Un estilo expresionista, lleno de sombras y una estética del esperpento, de lo feo y lo macabro. El autor disecciona en cada escena los efluvios más bajos de la condición humana, rasca en sus carnes y

despoja las capas –como una cebolla- de lo humano hasta llegar al más puro desencanto por vivir.

La lectura de la *La cebolla* te sumerge inexorablemente en una atmósfera malsana, obsesiva. Sin duda, el autor consigue hacer partícipe al lector de los tormentos de su personaje. Lo acompaña en toda la narración en su viaje hacia la locura. Como señala el traductor al español de la novela Piero Dal Bon en su interesante pero tal vez excesiva y barroca *Tentativa* final, el personaje masculino de *La cebolla* sucumbe irremediablemente a la *viscosa corporalidad*. Como el concepto asociado a David Cronembreg de la *Nueva Carne*, el protagonista de la novela de Moresco convierte la sexualidad corpórea, visceral y viscosa en una metáfora desencantada e irónica de la soledad y el desencuentro.

Lástima que el recorrido de la narración se nos antoje excesivamente repetitivo y autocomplaciente en su sagacidad. Un lenguaje directo, implacable y voraz que, sin duda, no dejará impasible al lector. Más aún, su recargado sentido de lo retorcido anima al lector a zambullirse en la obsesión del protagonista, a la vez que lo aleja inexorablemente de aquello que está leyendo.

Uno alcanza a oler los hedores que destilan las frases punzantes de Moresco. Unos olores que emanan de lo más profundo de las entrañas, letras escritas con vísceras, las mismas que dan sentido a la muerte de uno de los dos protagonistas más positivos de la novela, dos tortugas llamadas de forma brillantemente irónica Romeo y Julieta.

Aldope